

Peligro inminente

Rolando Cordera Campos

Sin rumbo, el gobierno se debate entre la afirmación vacua de un nacionalismo sin contenidos y un reclamo sin sostenes. Idas las alianzas en las que fincó su optimismo infantil cuando arrancó su gestión, al presidente Fox sólo le queda la ilusión en una campaña sin término que según él le otorgará el tiempo necesario para hacer las maletas y retirarse al rancho en paz.

No se midieron los Estados Unidos, en versión vernácula del secretario Creel, pero el hecho es que nuestro país vive horas de angustia que los medios de información masiva magnifican y al vecino no puede pasarle desapercibida la situación. Socios en el comercio, aliados en la visión de un globalismo a la medida de cada quien, proveedores mutuos de energías humanas y económicas portentosas, México y Estados Unidos no encuentran sin embargo las claves de una cooperación productiva y lucrativa para ambos. Sin ese marco, no queda más campo que para la fricción y la irritación, a veces edulcoradas con bravatas de cow boys o solícitas prédicas del más débil de los socios. El tercero de la asociación, Canadá, parece haber optado por el silencio o la ausencia educada.

Antes, cuando presumíamos del nuevo México que se abría paso impetuoso gracias a la nueva riqueza petrolera, se hablaba con arrogancia de que lo mejor era mantener una negligencia benigna y dejar que la fuerza de las cosas dirigiera el rumbo de la relación bilateral. De la emigración que se encargue el mercado, se decía, mientras el país aprende a administrar la abundancia y el rito migratorio empieza a enderezarse, al volverse México cuerno de riqueza y desarrollo que revertirá los flujos humanos que empezaban ya a volverse marcha tumultuosa. Y así nos fue.

Ni abundancia ni desarrollo, sólo penuria y mal trato por parte del Tesoro americano, del Fondo Monetario Internacional y hasta del propio Banco Mundial que se unió al nefasto carnaval del ajuste estructural impuesto unilateralmente a los deudores por los acreedores egoístas que poco tiempo antes hacían cola en Los Pinos para ofrecer préstamos en todos los plazos y montos. Al tratar México de desplegar una política exterior consecuente con sus intereses y tradiciones en Centro América, el gobierno del presidente Reagan desató una feroz ofensiva contra el gobierno del presidente De la Madrid y la fisura histórica entre las dos naciones se ahondó peligrosamente.

Luego vino el “espíritu de Houston” acariciado por los presidentes Bush y Salinas y pareció que en efecto se entraba en una nueva era de la siempre difícil relación. Con el TLCAN esta confianza se afirmó y el propio rescate decidido por el presidente Clinton frente a la primera gran crisis global inaugurado por México en 1994 sirvió para confirmar que esta era en efecto una nueva circunstancia. El globalismo seguía su marcha y la rápida recuperación económica obtenida durante el gobierno del presidente Zedillo así lo indicaba.

Poco se hizo desde el Estado y desde la sociedad para recapacitar y detectar las enormes fallas que acusaba el proyecto. La fe en el mercado y el odio a la intervención del Estado se daban la mano entonces con las fantasías de la nueva economía que habría superado el ciclo económico y con la democracia convertida en alternancia

mesiánica todo sería miel sobre hojuelas. Hasta que la realidad mandó a parar y la globalización a la americana enseñó sus colmillos de guerra y violencia. Del globalismo armonioso y bien administrado del que presumían sin recato Clinton y Rubin pasamos sin más al unilateralismo y a la guerra abierta contra el terror.

El once de septiembre no cambió el mundo, salvo porque así lo decidieron los Estados Unidos de América. La campaña religiosa del fundamentalismo islámico produjo su contraparte brutal en el despliegue bélico americano y su abierto desdén al derecho internacional y a sus propios derechos cívicos y humanos. Y esta es la perspectiva que ahora afronta México de la peor manera imaginable: sin visión clara de lo que quiere como nación globalizada y sin soportes de fondo para arriesgar nuevos giros estratégicos dentro y fuera del marco del TLCAN y de una relación bilateral abrumadora. Con rabietas inverosímiles como las de esta semana no se hará otra cosa que profundizar la confusión y abrir paso a una efectiva injerencia norteamericana amparada en sus necesidades de seguridad nacional, afectada por el desorden del vecino. Sin dejar de reconocer la gravedad de la ola de violencia desatada por el narco tráfico, lo que Estados Unidos puso sobre la mesa, sin delicadeza alguna pero con congruencia imperial indudable es algo más que la inseguridad de la frontera. Se trata de la debilidad de un Estado cuyas cabezas siguen creyendo que con discursos y malos chistes se puede gobernar una nación volcada al mundo y oprimida por la injusticia y el desgobierno. Este como el que viene, será un año que viviremos peligrosamente. Y sin amigos.